

Si acaso las doncellas ó donceles
De la pajiza casa se salian,
Los padres inhumanos y crueles
A las ardientes llamas los volvian:
Donde los miserables infieles
Sus vidas con sus hijos consumian,
Sin quererse ninguno dar á vida
De todos cuantos iban de vencida.

Cantada la victoria desta suerte,
Cargados de alimentos y despojos,
Vuelven los españoles á su fuerte,
En placer convertidos los enojos;
Aunque tuvieron pena de la muerte,
Que entonces ocupó cristianos ojos;
Y á quien quisieran dalle sepultura,
Segun aquel lugar y coyuntura.

Mas el feroz Alonso de Herrera,
Aun sus rencores no teniendo frios,
Hallándose señor de la ribera,
Comienza de decir: «aquí los míos»:
Acuden los que son de su bandera,
Y toman el mejor de los navios,
Que sobre prevencion y ardid de guerra
Estaba ya con el proiiz en tierra.

Tratóse con los suyos, y el concierto
Fué cuando los enojos recontados,
Sobornados grumetes en el puerto,
Que punto no vivian descuidados;
Y agora que el camino ven abierto,
En un momento fueron embarcados;
Al viento velas dan sin saludallos,
Al Sedeño dejando los caballos.

El Antonio Sedeño, que de vellos
Grandisima congoja recebia,
Fué poca parte para detenellos,
Porque la menos parte lo seguia,
Y así también después se fué tras ellos
Con la poquilla gente que tenia,
La cual ida carisima le cuesta,
Segun entenderéis en lo que resta.

CANTO SESTO,

Donde se cuenta cómo Sedeño volvió á Paria con intencion de reconciliarse con el Alonso de Herrera, y lo que le aconteció.

Su vida y honra tiene mal segura
Quien hace de contrarios confianza,
Segun de varios casos de ventura
Esperiencia notoria nos alcanza:
De sabios es á buena coyuntura
Del primer parecer hacer mudanza,
Pues dañan confianzas al guerrero,
Y mas cuando se erree de ligero.

Sedeño, como yo soy buen testigo,
Era buen capitán y buen soldado;
Mas era del amigo y enemigo
Demasiadamente confiado:
Agora mas, en procurar abrigo
En enemigo suyo declarado;
Y así todos en estos menesteres
Tenian diferentes pareceres.

Porque después que vió cuánto perdía
Por la revolucion y turbamulta,
Juntó la poca gente que tenía
En las cosas de guerra mas adulta;
Y pareciéndole que convenia,
Entró con todos ellos en consulta;
Y para se llegar á sus respuestas,
Dijo pocas palabras, y son estas:

«Páreceme, señores, grande mella
La que hecho nos han estos hermanos,
De quien siempre terné justa querella,
Por ser tan viles, bajos y villanos;
Y mas en tiempo que gozando della
Dejaron la victoria de las manos,
Y con tan poco riesgo de la vida
Una prosperidad tan conocida.

«Estoy por esta causa tan pérplejo,
Que determinacion no me concedo,
Por ver mi perdicion, si aquesto dejo,
Y mucho mas perdido si me quedo:
Muy dudosa mi vuelta si me alejo;
Si fio del contrario tengo miedo,
Y destos pesadimos estremos
No sé, señores míos, cuál tomemos.

«Mas hecha razonable conjetura,
Parece que mi alma persevera
En no perder aquesta coyuntura,
Dejando totalmente la ribera;
Y así tengo por cosa mas segura
El verme con Alonso de Herrera;
Podria ser haber conformidades,
Y socorrer nuestras necesidades.»

Entendidas por ellos las razones
Y el blanco do van todas apuntando,
Contradecian tales intenciones
Su parecer por malo condenando;
Mas él, con eficaces persuasiones,
Los hizo mas sujetos á su mando,
Y así, mala sospecha concebida,
Efectuaron luego su partida.

Puestos en el camino conocido,
A Paria caminaban con presteza;
El capitán Herrera que los vido
Metióse dentro de la fortaleza:
Fingiéndose que estaba mal herido,
Armándose con suma lijereza,
Y mandando también que sus soldados
Estén á punto bien aparejados.

Diciéndoles: «decid que estoy doliente
Cuando vierdes llegar este tirano,
Porque me venga á ver, y en continente
Echalde dos, ó tres, ó cuatro, mano,
Y los demás desarmen á su gente:
Haremos un negocio soberano.»
Llegó Sedeño pues al dicho puerto,
Dado fin á las tramias y concierto.

Salieron no sé cuántos al camino,
Debajo la cautela referida,
Diciendo que Herrera si se vino
Fué por tener una cruel herida,
Y que quedarse fuera desatino,
Por estar en gran riesgo de la vida;
Y como en tal sazón era posible,
No pudo parecerles increíble.

Con un semblante triste, rostro blando,
Mostrando condolerse del suceso,
Entró luego por vello, y en entrando
Usaron con gran furia del esceso;
Y á todos los que trajo de su bando
Desarmaron, segun atrás espreso,
Y al Sedeño, diciéndole baldones,
Hizo poner en ásperas prisiones.

En el fuerte que fué por él labrado
Con guarda de sus armas proveida,
Se vió con cepo, grillos y canado,
Falto de vestiduras y comida;
Y estuvo tanto tiempo maltratado,
Que ya desconfiaba de la vida,
Porque las guardas viles y sangrientas
Le dicen y le hacen mil afrentas.

Por oprobio de sus delicadezas
Y términos galanes y polidos,
Usaban de sucisimas bajezas
En el comer, beber y en los vestidos;
Y tantas y tan viles asperezas,
Que contallas ofenden los oidos;
Su gente, de placeres bien ajena,
Deseaban librallo desta pena.

Tomaron pues á pechos el cuidado
Por modos que jamás fueron sentidos:
Un Antonio Fernandez y un Machado,
Pedro Placeres Gago, Joan de Nidos,
Martin Lopez Perdomo y Alvarado,
Y otros que de mí fueron conocidos;
Y para lo librar desta presura
Esperaban sazón y coyuntura.

Habia pues necesidad urgente
Para se sustentar de vitualla,
Y el Agustín Delgado con la gente
Fueron por las comarcas á buscaalla,
Quedándose Herrera solamente
Con dos ó tres soldados de canalla,
Creuyendo que bastaba su braveza
A defender aquella fortaleza.

Los otros, con sazón tan deseada,
Rodéanlo con áspero denuedo;
Y como los sintió de mano armada,
Salió con mas furor que decir puedo;
Mas viendo gente tan determinada,
Adentro lo volvió discreto miedo,
Porque como lo vieron salir fuera,
Tras él iban diciendo: «muera, muera.»

Las puertas les cerró; mas no bastaba,
Porque los del Sedeño las batian,
A los de afuera el amenazaba,
Lo mismo los de fuera le hacian:
Finalmente, Herrera preguntaba
Diesen razon de lo que pretendian;
Ellos dicen: «poneros hemos fuego,
Si no soltais al buen Sedeño luego.»

Quieto y apartado de sus fieros
Respondióles Alonso de Herrera:
«Haceislo como buenos caballeros,
Gloria, flor y bondad de vuestra era;
Y pues que son forzosos los terceros,
Prometo como tal de echallo fuera;
Podeis os aquietar, nobles varones,
Que yo voy á quitalle las prisiones.»

Llegado do sus pasos encamina,
Dijo: «mataros quiero, buen Sedeño.»
Respondióle Sedeño muy aina:
«Por cierto vos hareis lance pequeño:
Matar en la prision una gallina,
O un lirón vencido de gran sueño.—
No quiero, respondió, ser homicida,
Antes quiero que vos me deis la vida.»

«Yo vengo con entero pensamiento
De daros libertad liberalmente,
Con que hagais solene juramento
De luego navegar con vuestra gente,
Y me dejar aquí libre y exento,
Sin ser de novedades pretendiente;
Demás desto debeis quedar conmigo
De no me ser amigo ni enemigo.»

Sedeño, con deseo que tenía
De verse doquiera cielo viese,
Le dijo que haria y juraria
Aquello y mucho mas que le pidiese,
Porque la libertad que prometia
Valia mucho mas que el interese,
Y con ofrecimientos y razones
A él se le quitaron las prisiones.

El Herrera después con sus criados,
Quitada la prision que padecia,
Abrióronle la puerta recatados
De la gente leal que lo pedia;
Reciben al Sedeño sus soldados
Con gran contentamiento y alegría;
Y dándoles las gracias por sus hechos,
A la mar les mandó fuesen derechos.

Embarcaronse, no sin multiplico
De furiosos vientos y tormenta;
Y fueron á San Joan de Puerto-Rico,
Do Sedeño tenía buena renta:
Otros negocios suyos no repli co,
Porque de sus proezas daré cuenta,
Y cómo después hizo grande entrada,
Que en estas partes fué solenizada.

Dejarémoslos pues desta manera,
Al Sedeño do pinta mi cuaderno,
Y al Agustín Delgado y al Herrera
En Paria, do tuvieron el invierno,
Esperando por horas que viniera
Jerónimo de Ortal con el gobierno,
Del cual el rey le habia proveído
Por muerte del Ordas ya referido.

El cual gobernador después que hubo
Llegado con armada suficiente,
La isla Trinidad también anduvo
Por parte que le fué mas conviniente;
Y en ella con rescates se entretuvo
Por dar mantenimientos á su gente,
La cual, estando toda reformada,
A Neverí hicieron su jornada.

Después á la conquista se presenta
Joan Ponce de Leon, un descendiente
Del otro deste nombre, cuya cuenta
Yo doy en otra parte largamente;
Seria por el año de setenta
Cuando en la Trinidad metió su gente:
No hizo cosa digna de memoria,
Y así no haré del mayor historia.

Criollo de San Joan que conocemos,
De parte principal ilustre abuelo;
Mas, pues que por agora no sabemos
Otras mas novedades de aquel suelo,
La isla Trinidad aquí dejemos,
Y háganos gozar de la del cielo
Aquella sacrosanta Providencia,
En las personas trino y una esencia.

ELEGIA XI.

A la muerte de Jerónimo de Ortal, segundo gobernador de Paria, donde se cuenta de la segunda entrada que se hizo por el rio Urinoco, con otras muchas cosas que entonces acontecieron.

CANTO PRIMERO.

Entre los demás hilos desta trama,
Que por la costa bajo va tejida,
Jerónimo de Ortal también me llama
A decir el discurso de su vida,
Porque de vista fué, que no por fama,
Su persona de mí bien conocida,
El cual fué natural de Zaragoza,
Y vino con Ordas en edad moza.

Era de Cobos muy favorecido,
El cual en aquel tiempo florecia,
Y por el fin que ya tenéis oido
Pidió lo mismo que el Ordas tenia:
A la gobernacion fué proveído,
Segun y por el orden que queria,
Año de treinta y cuatro comenzado
Con el millar y medio ya contado.

Teniendo ya las cédulas reales,
Apercebióse para la jornada,
Nombrando capitanes y oficiales
Por orden y razon acostumbrada;
Y destos hombres hay muy principales
En este nuevo reino de Granada,
Como Miguel Holguin, en quien hoy dia
Se ve virtud, valor y valentia:

Varon en paz y guerra de consejo,
Enemigo de todo desafuero,
Desde su juventud fué sabio viejo,
Cristiano y honoroso caballero;
A los mas virtuosos es parejo,
En todas buenas obras el primero,
Cultor muy grande del honor divino,
Y socorro del pobre peregrino.

Vino por capitán Luis Lanchero,
Varon cabal para cualquier afrenta,
Después en este reino fué guerrero
Que de sus cargos dió muy buena cuenta;
Un Joan de Castro fué su compañero
De placeres que vida descontenta,
Otros también ponemos por historia,
Cuando los ofreciere la memoria.

Dispuesta toda cosa necesaria
Dos naos gruesas y una carabela,
Para ir en demanda de su Paria,
Mandó que se hiciesen a la vela:
Surgieron en las islas de Canaria,
Adonde recogió gente novela:
Y en Tenerife fué principalmente
Donde se le llegó copia de gente.

Que podía pasar bancos de Flandes
Y quebrantar el mas soberbio lomo:
Es vivo destes hoy Pero Fernandez,
Que se dice de Porras ó Perdomo:
En aquella sazón de brios grandes,
Y en el tiempo presente de gran tomo,
Regidor de Tocaima la nombrada
En este nuevo reino de Granada.

De allí salió también Anton García,
A quien llamábamos Anton del Guante,
Brioso con alguna bizarría,
Pero para la guerra muy bastante;
Y con aquesta misma compañía
Gaspar de Santa Fe fué caminante,
Con muchos mas que la memoria pierda,
Pero yo los diré desde que me acuerde.

Prosiguió pues Ortal esta derrota
De gentes y pertrechos aviado,
Llevando por piloto de la flota
Un Cristóbal Angulo del condado;
Hacia la carrera ser mas nota
Un portugués, piloto corcobado,
Pues sin haber andado la tal via
Certísimo salió cuanto decia.

Estando pues á vista del golfete
De Paria, para do se navegaba,
Un cierto temporal les acomete
Que viento de nordeste levantaba;
Desapareció la nao de Alderete
Con doscientos soldados que llevaba,
La cual fué costa bajo navegando
El puerto de Cubagua demandando.

Surgieron los demás en la ribera
De Paria, que por todos se desea,
Do vieron al Alonso de Herrera,
A Villagrán, Morán, Pedro de Cea,
Joan Fuerte, Villagomez, Talavera,
Joan Gonzalez, Perálvarez, Perea,
Con otros, que serian hasta treinta,
Hombres de quien se hizo mucha cuenta.

Ortal luego salió con sus soldados
A consolar la baquiana gente,
Los unos de los otros deseados,
Se saludaron amigablemente:
Herrera con poderes ampliados
Nombrado fué por general tiniente,
Del nombramiento deste caballero
Muy corrido quedó Luis Lancho.

Porque por su valor y valentía
Tenia deste cargo pretensiones,
Y así con el enojo que tenia
Dijo contra los dos feos razones:
Prendieronlo por esta demasia,
No se quedando Castro sin prisiones,
A causa de que para tal demanda
Lancho lo tenia de su banda.

Estando los dos presos en el agua
Con guardas que velaban noche y día,
A Turpiar llegó cierta piragua
Con Rodrigo de Niebla, que venia
En ella de la isla de Cubagua,
Y cartas de Alderete que traia,
Diciéndole quedar en salvamento
Con los doscientos hombres que ya cuento.

Fué del gobernador bien recibido
Este que con tan buena nueva vino,
Por ser amigo suyo conocido,
Y de Cubagua principal vecino;
Y al tiempo de volver á su partido
Ortal se fué con el aquel camino,
A recoger sus gentes helicosas
Y dar orden á otras muchas cosas.

Mas antes que debajo destes fines
Con Rodrigo de Niebla se partiera,
Entró por Uyapar y sus confines
El capitán Alonso de Herrera:
Con cinco principales bergantines
E una carabela muy lijera:
Doscientos hombres, armas y pertrechos,
Cinco caballos al viaje hechos.

Eran los de caballo, que do quiera
Pudieran dar de sí bastante prueba,
El general Alonso de Herrera,
De tesorero Joan de Villanueva,
Morán, Pedro de Cea, también era
Un Alvaro de Ordas de los que lleva,
Mancebo valeroso, diestro, fuerte,
Sobrino del que ya llevó la muerte.

La gente del armada despedida
Por el Ortal, con capitán amigo
Dejó la fortaleza proveida
Para ir con el Niebla donde digo;
Y con prision angosta y afligida
Los dos que ya nombre llevó consigo,
No confiándose de sus concetos
Por tenellos por mozos inquietos.

Y van en un navio juntos todos,
Corriendo por las aguas espumosas,
Y al doblar de las puntas y recodos,
Que por allí son algo peligrosas,
El Lancho buseaba muchos modos
Cómo poder quitarse las esposas,
Dijome que debajo de desino
De hacer algun grande desatino.

Al Niebla le decia: «yo no puedo
Sufrir estas esposas que me matan,
Quitármelas por un tan solo credo
Para ver de qué parte me maltratan;
Luego Niebla trató con rostro ledo
Con el Ortal lo que los dos le tratan,
Jerónimo de Ortal cumplió su ruego
Para tornárselas á poner luego.

Quitóselas un mozo marinero,
Y estándolas mirando blandamente,
Arrebatóselas Luis Lancho,
Echándolas al mar incontinente;
Rióse destas burlas el tercero,
El Ortal las tomó pesadamente,
Y así mandó que todos sus fieles
Se los maniatasen con cordeles.

Mas aunque les faltaban las espadas
En la proa do estaban, ya tenían
Muchas cuñas de tiros allegadas,
Y cosas con que bien se defendían:
Las razones que dicen son pesadas,
Bravísimos los fieros que hacían,
Demás desto la gente mas lozana
A ellos iba muy de mala gana.

Queriendo Niebla pues matar el fuego
Que se causaba destas turbaciones,
Procuró de ponellos en sosiego
Con cuerdas y católicas razones;
Porque llegados á Cubagua luego
Prometia de dallos en prisiones,
Fué de los presos voluntad espresa
Que no se quebrantase la promesa.

Llegados á Cubagua, y entregados
A mas que miserable cativerio,
Quebraron tantas fuerzas de candados,
Que parecia cosa de misterio;
Y fueron recogidos y amparados
En San Francisco, fuerte monasterio,
Do guardas los cercaban por momentos
Y les quitaban todos alimentos.

Noches y días, lanzas y gorguices
Por horas los ponían en aprieto;
Mas por favor de ciertos andaluces,
Que los favorecían en secreto,
Hubieron á las manos arcabuces
Que hicieron el cerco mas quieto;
Pues de los que tenían este cargo
Algunos se hicieron á lo largo.

Muchas veces también salian fuera,
Cuando los alimentos les faltaban,
Para poder tomar en la ribera
De lo que los navios descargaban:
A todos asombraban de manera
Que por amor ó fuerza se lo daban;
Ofrecían también algunas prendas,
Por no tomar de balde las haciendas.

No fueron en el cerco tan continos
Los soldados con lanzas y venablos,
Aunque los dos hacían desatinos,
Que para los decir faltan vocablos;
Tanto, que ya quisieran los vecinos
Que se fueran con todos los diablos,
Con ser allí los hombres detenidos
Para la defension destes partidos.

Trataron pues los frailes, de concierto
Con otros hombres nobles de linaje,
Cuyo favor también fué descubierto,
En aviallos para su viaje;
Al fin ellos salieron deste puerto
Vestidos y con buen matalotaje,
Y corrieron después larga carrera,
Aprobando muy bien adonde quiera.

Estos bullicios vanos acabados,
De que dimos razón algo sumaria,
Ortal recogió todos sus soldados
Para con ellos revolver á Paria;
Dejó tres bergantines concertados
Para llevar comida necesaria,
E ir con ellos en la primavera
En busca del Alonso de Herrera.

Embarcó pues sus gentes Alderete,
Las suyas Alonso Alvarez Guerrero,
Ya por trabadas jarcias el grumete,
Alista lo demás el marinero:
Deslízese la vela del trinquete,
Cada cual oficial anda lijero;
Al fin llegó con esta compañía
Jerónimo de Ortal donde queria.

Puestos en Turpiar incontinente
Hizo desamparar la fortaleza,
A la Trinidad fué toda la gente
Por haber de comida mas grandeza:
Maruaná los recibe blandamente,
Y los demás no muestran aspereza,
Porque de los rencuentros atrasados
Estaban estos indios quebrantados.

Alli toda la gente que traia
Era medianamente proveida,
Porque por su rescate cada día
Acudían los indios con comida:
Ortal ningún agravio les hacia,
Y en la paga su boca fué medida,
Entreteniéndose por sus confines
Hasta venir aquellos bergantines.

Anduvo por allí con pia mano
Sin consentir hacerse desatino,
Esperando las flores del verano
Para ponerse todos en camino;
Pero su pensamiento salió vano
Por el mal que á los otros les avino,
En batalla feroz, cruel, sangrienta,
De que daré después prolíja cuenta.

CANTO SEGUNDO.

Donde se cuenta el trabajoso viaje que llevó el capitán Alonso de Herrera, y cosas en él acontecidas.

Todas las mas personas que perdidas
Vimos salir de las jornadas hechas,
Suelen generalmente ser heridas
Con estímulos grandes de sospechas
De que dejaron tierras ascendidas
Por no saber llevar vias derechas;
Y si tomaran tal ó tal camino
Llevara su derrota mejor tino.

Tal sospecha tenían arraigada
Todos los capitanes y soldados
Que con Ordas salieron del entrada;
Y así volvieron muy determinados
De seguir mas de veras la jornada
Y costear mejor entrambos lados,
Y por mejor subir por los esterros
Llevaban los navios mas lijeros.

Yendo pues según orden concertado
Por caudaloso río y estendido,
Llegaron á Garoa ya nombrado,
Pueblo de muchos dellos conocido:
Alli fué nuestro campo reparado
Y por algunos dias detenido,
Hicieron oficiales con su plancha
Una barca de Córdoba bien ancha.

A veces la llevaban remolcando
Cuando las velas della no servian,
Y en ella los caballos cada y cuando
Que las necesidades lo pedian:
Sin que se fatigase nuestro bando,
Muy á placer entraban y salian,
Industria del Alonso de Herrera,
Admirable varon adonde quiera.

En tanto que la barca se hacia
No faltaban rancheos y salidas,
Y en ellos los de nuestra compañía
Hubieron entre piezas recogidas
Un indio que Chuipa se decia,
De proporcion y fuerzas escogidas,
Al cual indio pintó naturaleza
De gran disposicion y gentileza.

Hombre, según se vió, de gran pericia
En regir escuadrones de su guerra,
Y este certificaba sin malicia
Estar cerca de alli próspera tierra;
Y siempre señaló la tal noticia
A las otras vertientes de la sierra,
Otros algunos indios deste puerto
Afirmaban lo mismo por muy cierto.

Y una cariba india, Catalina
De Perálvarez, moza diligente,
Mujer de gran razón é ya ladina,
Conformaba con estos juntamente;
Por lo cual el Herrera determina
De enviar al Ordas con cierta gente,
El cual luego partió con buen avio
A la siniestra mano deste rio.

Fueron nuestros soldados peregrinos
Por el paraje dicho, por las guías
Hallaron muchas sendas y caminos
Que se decia ser de pesquerías;
Y sin poder hallar indios vecinos
Anduvieron al pie de veinte días
Por tan espesas y ásperas montañas,
Que no bastaban ya fuerzas ni mañas.

Todos ellos de hambre perecían
Vencidos y rendidos á flaqueza,
Los caballos tampoco no podían
Rómper por las alturas y aspereza;
Y cuanto mas arriba los subían
Hallaban cumbre de mayor grandeza;
Gesaban ya las hachas y azadones
Por la debilidad de los peones.

Viendo que no podían ya valerse
Y el gran trabajo que se padecía,
Determinaron todos de volverse
Donde queda la otra compañía:
Que tampoco podia mantenerse,
Antes necesidad los compelia
A proseguir arriba su viaje
Para buscar algun matalotaje.

En continuacion desta corrida
Descubrieron algunas poblaciones,
Do hallaron un poco de comida
Aunque no sin guerreros tropezones:
Determinó hacer otra salida
El Herrera con copia de varones,
Pensando que se diera mejor maña
Para romper tan áspera montaña.

Perseveró con grande sufrimiento
Tres ó cuatro semanas de jornada,
Mas no pudo salir con el intento
Por estar ya la gente fatigada;
Volvióse no sin gran desabrimiento,
Y junto con la gente del armada
A boga y remo sus navios saca
Hasta cerca del río Caranaca.

Vieron disposición de poblaciones
Desde los barcos acia manderecha,
Saltaron luego copia de peones
Por senda que se vió no ser estrecha:
Toparon luego grandes escuadrones,
Infinita macana, dardo, flecha,
De manatí fortísimos payeses
Do hacen poca mella los reveses.

El gran Herrera su caballo lleva,
Y de los suyos iban arreados
Morán y tesoro Villanueva,
Con armas de algodón encubiertos;
Y para dar de sí bastante prueba
Los peones también iban armados,
Los cuales viendo gentes tan dispuestas
Las armas y las manos hacen prestas.

Suena la vocería y el estruendo
De los itotos bárbaros, lozanos,
Los labios con coraje remordiendo
Vienen al escuadrón de los cristianos,
Y el indio capitán iba diciendo:
«Vivos me los tomad todos á manos,
Que los quiero tener en mis riberas
Para que me cultiven sementeras.

De mujeril temor limpiad los senos
Para poder tomar justas venganzas,
De los que ya sabéis que no son buenos,
Pues vienen á comer nuestras labranzas,
Sin su sudor gozando los ajenos
Con otras desmedidas destemplanzas.»
Retráese la gente castellana
Para sacallos mas á la zavana.

Después que los tuvieron á contento
El capitán Alonso de Herrera
Hizo cierta señal de rompimiento
Atropellando bien esta carrera:
Entró con furia de león hambriento
Y con aquel valor de quien él era,
Villanueva y Morán siguen sus huéllas
Y todos los demás fueron tras ellos.

Infinidad de sangre va vertiendo
Gandules señalados derribando,
A una y otra mano revolviendo,
Peones y caballos animando:
Penachos y plumajes abatiendo,
Pechos, cuellos, ijares traspasando,
Increíble parece la matanza
Que este gigante hizo con su lanza.

Bien así como cuando los furros
Del águila, con alas estendidas,
Van robando las hojas y las flores
Que estaban de sus árboles asidas;
Y quedan ya perdidos sus olores,
Por cultivados campos esparecidas,
O ya por los caminos y calzadas
En partes diferentes arrolladas;

No menos que con tales movimientos
Las fuerzas del Herrera se mostraban,
Derribando guerreros ornamentos
De los indios que mas se señalaban:
Aquí vereis caídos y sangrientos,
Allí montones muertos se hollaban,
Acullá se rehacen los itotos
Con grandes alaridos y alborotos.

Morán y el tesoro Villanueva
No daban menos muestra de valores;
Pues cada cual su fuerte lanza ceba
Donde vian los riesgos ser mayores:
El escuadrón de pie también se prueba
En hechos y hazanas no menores,
Por ser todos varones escogidos
Y en militares artes instruidos.

Miguel Holguin y Joan de Avellaneda,
Por aquellos lugares de su suerte,
Hacían bien abierta la vereda
Entregando contrarios á la muerte;
Pues el escuadra Sanchez de Cepeda
Junto con los valores de Joan Fuerte
Hicieron aquel día maravillas
Tantas, que no podría yo decillas.

Durando pues el bárbaro guerrero
Juntos á una misma coyuntura,
Acudieron con un encuentro fiero
Para dar fin á la batalla dura;
El caballo murió del tesoro,
Que se tuvo por harta desventura,
Muy mal herido Sanchez y Roberto,
Y Joan de Avellaneda casi muerto.

Encendida la furia que no para,
Sin desmayar jamás la gente fiera,
Al general hirieron en la cara
Por llevar levantada la visera;
Y la herida fué con una vara
Tostada, de durísima madera,
Quitósele, y estando mal herido
Fué de mayor furor mas encendido.

El brioso caballo revolviendo
Que con sus voluntades respondía,
Por do quiera que pasa va haciendo
Lo que su gran enojo pretendía:
De su furor los indios van perdiendo
Y por los nuestros nada se perdía,
Calor y sed á todos enemiga
Les causaba grandísima fatiga.

Apríese por vencer tan duro trance
Andan entre desnudos los de faldas;
Pero juzgando ser mejor balance
Los desnudos volvieron las espaldas:
Los vestidos siguieron el alcance
No por oro ni piedras esmeraldas,
Sino para gozar de su comida
Y ver do la tenían recogida.

De la cual fueron todos proveídos,
Y por entonces fué mediana suerte;
Curaron luego todos los heridos,
De los cuales ninguno fué de muerte:
Fueron algunos días detenidos
En esta parte con reguardo fuerte,
Hasta que la herida compañía
Se sintió con alguna mejoría.

Obra de quince días ya pasados,
Con alguna comida que se saca,
Fueron pasando muchos despoblados
Por encima del río Caranaca:
Donde Diego de Ordás y sus soldados
No quisieron creer al artífice,
Andaba ya la gente muy caída
Por faltalles á todos la comida.

Satisfacían este desconsuelo
Con hallar mucho bledo colorado,
Con una cierta red ó chinchorrolo
Se tomaba también algun pescado:
Sacaron una vez con un anzuelo
Un peje de los otros estremado,
Que parecía ser congrio perfeto,
Pero miraculoso su secreto.

Porque traído hasta la ribera,
Teniéndolo Miguel Holguin asido,
Comenzó de temblar en gran manera
Quedando casi fuera de sentido;
Ayudáronle muchos, y cualquiera
Deste mismo temblor fué poseído,
Y nadie se halló que no temblase,
Aunque con una lanza le tocase.

Para satisfacer necesidades
Al fin lo degolló hambrienta mano,
Halláuse destos pejes cantidades
En los ríos que corren por lo llano:
Tiene las sobredichas propiedades,
Es bueno de comer y no mal sano,
Y este peje se dice *quantum eredo*,
En griego *narce*, y en latín *torpedo*.

Navegó pues el campo peregrino
Inquiriendo mas prósperos asientos,
Y cuanto mas crecía su camino
Tanto mas descrecían alimentos;
Pero con un suceso repentino
Se templaron aquestos descontentos,
Y fué ver en un puerto y anconada
Gran flota de caribes reparada.

Bajaban por el río de los altos,
Habiendo hecho ya por las comarcas
Provincias y lugares grandes saltos,
Hinchendo los ijares y las arcas;
Y muy ajenos destos sobresaltos
Estaban allí fuera de las barcas,
Ocupados las manos y los ojos
En repartir preseas y despojos.

Un solo bergantín vido la junta,
Cuando la luz de Febo se ponía,
Y fué yendo doblando cierta punta
Que las dichas piraguas encubría:
El cual sin mas respuesta ni pregunta
Se dejó de caer por do venía,
Los remos levantados y tendidos
Como no fueron vistos ni sentidos.

Viéndolos revolver de la manera,
Sin boga y al amor de la corriente,
Fué cosa conocida del Herrera
Haber detrás de aquella punta gente:
Tomó desotra parte la ribera,
Y los demás navios juntamente;
Consultan capitanes este hecho
Para los saltar mas á provecho.

Al fin nuestra cristiana compañía
En este parecer solo se cierra,
De les acometer cerca del día
Por la parte del agua y de la tierra;
Porque desta manera se haría
Sin riesgo y á sabor aquesta guerra,
Y para los curar y regalallos,
Desembarcaron luego los caballos.

Fué luego Luis Perdomo Cebadilla,
Para tales negocios suficiente,
Escogido peon por maravilla,
Con otros por espía desta gente:
Vieron los rancheados á la orilla,
Sin recelos de tal inconveniente,
Y vieron á la una y otra mano
Para correr caballos un buen llano.

Tornaron á hacer estos conciertos,
Que los de tierra todos estuviesen
En unas arboledas encubiertos,
Hasta tanto que los del agua diesen
En las barcas varadas en los puertos,
Y luego todos juntos acudiesen,
Lo cual hicieron los de nuestro bando,
Sin discrepar un punto deste mando.

Llegada pues la hora concertada,
El general los hizo todos prestos,
El iba con los barcos del armada,
Los de tierra se fueron á sus puestos,
Con intención de dar el alborada
En indios tan crueles y molestos;
Dobló la punta nuestra compañía,
Llegada ya la claridad del día.

Como los vió venir la gente fiera,
Admirados de ver cosa tan rara,
Acudieron los mas á la ribera
Lijeros y veloces como jara:
Luego dió grandes voces el Herrera,
Los caribes en él ponen la cara,
Asidos de las barcas ó piraguas
Intentando metellas en las aguas.

«Ah barbudos! Seiais muy bien llegados,
Les decía la gente monstruosa,
Días ha que tenemos deseados
Encuentros desta caza deleitosa:
Sereis en nuestras ollas regalados,
Veremos si teneis carne sabrosa,
Ya vamos; suspended remos un poco,
Enmendaremos el intento loco.

Mas los del agua ya tenían prestas,
Para les impedir salir al río,
Algunas escopetas y ballestas,
Cuyos tiros no daban en vacío;
Y así por ser las balas tan molestas,
Hicieron algun tanto de desvío;
Andando pues trabada ya la guerra,
Llegaron por su parte los de tierra.

Luego como sintieron el ruido
De nuestros caballeros y peones,
Los bárbaros en guerras instruidos
Formaron concertados escuadrones;
Y en unas matas bien fortalecidos,
Peleaban no menos que leones:
Los nuestros por hacelles muy al caso
Trabajaban sacallos á lo raso.

El general salió con sus soldados,
Entrando por las matas atrevidos,
Algunos dellos fueron lastimados,
Villagomez y Aller muy mal heridos:
Tornaron á herir por todos lados
Los nuestros con gran furia conmovidos,
Y el general Alonso de Herrera
Comenzó de hacer ancha carrera.

Acuden los demás con fuerte mano,
Y fué de tal manera la pelea,
Que pudieron sacallos á lo llano,
En parte que el caballo los desea:
El Alvaro de Ordás salió lozano,
A las parejas del Pedro de Cea,
Morán y Villagrán incontinente,
Rompiendo por el medio desta gente.

Vereis traspasar pechos y barrigas,
Derribar arco, flecha, dardo, maza;
No siega con sudor tantas espigas
El corvo labrador en ancha baza,
Cuantos de aquestas gentes enemigas,
Caían por aquella larga plaza,
Pues los peones iban con tal brio
Que no dieron jamás golpe baldío.

Miguel Holguin, Perálvarez, Joan Fuerte
Y aquel Luis Perdomo Cebadilla,
Cada cual de los dichos hizo suerte,
Que se puede contar por maravilla:
Pues Joan Avellaneda cuanta muerte
Lo hizo vencedor en la rencilla,
Y aunque de poca edad, Pero Fernandez
Se hizo ser autor de hechos grandes.

¿Qué se podrá decir del arma fiera
Del que regía todos los soldados,
Siendo ya mas herrero que Herrera,
Segun sus golpes fieros y pesados?
El es el que llevó la delantera
Derribando los mas aventajados,
Y por su parte fué cosa notoria
Que cantaron los nuestros la victoria.

Por ser de humana sangre tan sedientos
Y no quererse dar ni ser rendidos,
Quedaron muertos mas de cuatrocientos,
Y algunos, aunque pocos, escondidos:
Recorrieron los nuestros los asientos,
Do vieron en prisiones detenidos,
Indios diciendo por vocablos notos:
Nosotros no caribes, sino itotos.

Decíanlo porque no los matasen,
Mas antes compasión dellos hubiesen;
El general mandó que los soltasen
Y ningunos agravios les hiciesen;
Antes les diesen lo que demandasen
De las cosas que suyas conociesen,
Asegurándolos de mala guerra,
Y de llevallos salvos á su tierra.

Holgaron los itotos del mensaje
Y oferta de tan buen salvoconduto,
Y luego señalaron el paraje
Declarándoles ser de Caburuto:
Fueron los indios pues este viaje,
Tentado, pero nunca resuelto,
Y en la prosecucion de la tal via
Decía cada cual lo que sabía.

Récogieron los nuestros los despojos,
Maiz, yucas y chacos deseados,
Todos muy encendidos en enojos
Por hallar muchos indios cuarteados;
Y no por nuevas ya, sino por ojos
Los ven en barbacoas ser asados;
Admiranse de tales insolencias
Y tan abominables pestilencias.

De los nuestros perdieron tres las vidas:
Villagomez, Aller, de quien escribo,
Y Zarate, personas conocidas
Y de valor y punto bien altivo:
El Joan Fuerte sacó trece heridas,
El cual en estos tiempos está vivo,
Y pobre como dicen tras paredes,
Siendo persona digna de mercedes.

Huyendo corrupcion de tantos muertos,
Determinó la gente castellana
De sacar los navios destos puertos,
Y partir otro día de mañana;
Y aquellos indios los hicieron ciertos
Quedar atrás la tierra de Guayana,
Y de morar mas adelante Meta,
Provincia de algodón y camiseta.

Algunos hombres viejos han querido
Decir ser este Meta que tratamos,
Rio de Turmequé muy conocido
Que sale deste reino donde estamos:
Mas es un parecer desvanecido
Para los que mejor lo tanteamos,
Ni debe de caber en seso de hombre
Ser este, ni tener aqueste nombre.

Debió nacer aquesta conjetura,
Entre los curiosos baquianos,
Por ser aquesta la mayor altura
Del reino que tenemos entre manos,
Y la mayor distancia de longura
De los rios que vierten á los llanos,
Pues desde aquí van unos al poniente,
Y otros acia la parte del oriente.

Siendo pues la distancia tan discreta,
Y con tan prolijos desvíos,
Y en tan grande distancia se entremeta
Innumerable cantidad de rios,
Y todos sus vecinos llamen Meta,
A aquel por donde entraron los navios,
Parece por razon averiguada,
No ser el nuevo reino de Granada.

Antes entre los dos rios distantes,
Que son el Marañon y el Urinoco,
Piensan haber provincias abundantes
Y el parecer no tengo yo por loco:
Mayormente las dos ya dichas antes,
Cuyo compas no debe de ser poco,
De la cual opinion son los itotos,
Los mas cercanos y los mas remotos.

Y así nuestro Herrera, resuelto
En proseguir aquel descubrimiento,
Llevó los indios hasta Caburuto
Por dar á su promesa cumplimiento:
Enviaron un indio bien instruido
Que diese cuenta de su salvamento
A sus amigos, deudos y parientes
Para que visitasen nuestras gentes.

En cumplimiento fué de sus mandados,
Y en busca de los pueblos conocidos;
Hallólos destruidos y asolados
Por aquellos caribes ya punidos:
Buscó los unos y los otros lados,
Hasta dar donde estaban escondidos;
Dió larga cuenta de su buena suerte,
Y cómo los libraron de la muerte.

Sabiendo ser sus deudos y vecinos
Libres de la prision y perdimiento,
Y muertos los protervos y malinos
Caribes del ejército sangriento,
Acudieron á ver los peregrinos
Y traelles algún mantenimiento,
Diéronles cierta guía de buen tino,
Para prosecucion de su camino.

Llegaron á las peñas y canales,
A quien Ordás juzgó por imposibles,
Por ser impetuosisimos raudales,
Y fuerzas de corrientes increíbles;
Y con ser increíbles ya sus males,
Las hambres y trabajos insufribles;
Tentaron de pasar mas adelante,
Y la perseverancia fué bastante.

Toda la cargazon pusieron fuera
Escepto los remeros esforzados,
Para poder pasar á la lijera,
De remos y de sirgas ayudados:
Fué laboriosísima carrera,
Pero no los trabajos escusados,
Pues aunque sin un punto de descanso,
Subieron do hallaron mas remanso.

La cual suerte no fué tan venturosa
Que fuese sin desgracia de Roberto,
Por caer de una peña resbalosa,
Donde saltó pensando tomar puerto;
Y por el agua ser impetuosa,
Nunca mas pareció vivo ni muerto;
Dió grave pena hado tan siniestro,
Por ser valiente, suelto y hombre diestro.

Embarcados en partes mas seguras,
Prosiguen los intentos de su vía,
Con tantas y tan grandes desventuras
Que ya memoria dellas se desvía:
Murciélagos y cosas mas impuras
Por muy grande regalo se tenían,
Por haber en el uno y otro lado
Inmenso campo, pero despoblado.

Yendo de la manera que refiero,
Habiendo muchos dias navegado,
Dieron en la gran boca del estero
De Meta sumamente deseado:
Alegróse cualquiera compañero
Pensando ser coneluso su cuidado,
Pues aunque de poblado no ven cosa,
La tierra se mostraba mas lustrosa.

Navegados por él algunos dias,
Con hambres y trabajos tan insinies,
Determinaron estas compañías
Algún tiempo dejar los bergantines,
Para buscar algunas chuchcherías,
Y mas enjutos términos y fines,
A causa del invierno ser cercano,
Y venir ya con rigurosa mano.

En este parecer determinados,
Dejaron los navios escondidos,
En un estero todos entramados,
Y á troncones de árboles asidos:
Saltaron pues en tierra los soldados,
Y todos los demás apercebidos,
Mancos y cojos van la tierra dentro,
Deseando topar algún reencuentro.

Con un trabajo iban, no sencillo,
Por ciénagas y pantanos muy varios,
Y llevaban acuestas el hatillo,
Los tiros y pertrechos necesarios:
Con tal rigor que yo no sé decillo,
Por cumplir tales trances ser sumarios,
Al fin salió la gente fatigada
A tierra ya mas alta y escombrada.

En saliendo de aquellos cenagales
Y montañas de gran descubrimiento,
Hallaron luego rastros y señales,
Que dieron crecidísimo contento,
Porque donde hallaban naturales,
No podía faltar mantenimiento;
Y así Herrera capitán esperto
Hizo que se pusiesen en concierto.

Pero Fernandez, por su gran soltura
Y ser en cualquier cosa diligente,
En un árbol subió de gran altura
Por devisar mejor aquella frente:
Vido señal patente de cultura,
Puesto caso que no pudo ver gente,
Sino por grande trecho de desvíos,
Bultos que parecían ser buhios.

Los términos ya dichos entendidos,
Puesto que nada cierto de lo cierto,
De necesarias armas proveidos
Caminaron por orden y concierto;
Mas no pudieron ir sin ser sentidos,
A causa de ser campo descubierta,
Y ser los indios jaguas carniceros,
Todos vigilantisimos guerreros.

Los cuales en aquestos menesteres,
De toda cobardia muy ajenos,
Enviaron al monte las mujeres,
Al inútil varon ni mas ni menos;
Y fueron sus guerreros pareceres
Esperar en el campo como buenos,
Con largas guaiacas, dardos y paveses,
Sin temer de fortuna los reveses.

Salen al campo con potente mano
Formados escuadrones como diestros,
Compusieron el campo castellano
También los adalides y maestros;
Esperaron los jaguas en un llano
Muy á pedir de boca de los nuestros;
Por ir en los caballos quien bastaba
Vencer y sujetar fuerza mas brava.

Llegados pues á cómoda carrera
Cada cual deseando vencimiento,
Hizo señal Alonso de Herrera
Y los jaguas también de rompimiento:
El indio se mostró con mano fiera,
El español feroz anda sangriento;
Unas veces los indios jaguas caen,
Y otras veces los nuestros se retraen.

Anda la cuchillada bien espesa,
El golpe de macana muy pesado,
Las puntas de las guaiacas atraviesa
El sayo de algodón mas estofado;
Pero Herrera daba grande prisa
Al escuadrón que via mas cerrado:
Unos traspasa y otros atropella,
Haciendo donde quiera grande mella.

Como bala de tiro de fuslera
De furiosos fuegos impelida,
Que rompe con su fuerza la hilera
De la gente mejor y mas lucida,
La cual fué por allí red barradera,
Pues á cuantos tocó dejó sin vida,
Y no fué menester segunda muerte
Para ser herederos de la suerte.

Ansí con esta misma destemplanza
Rompió Herrera por los escuadrones,
Dejando traspasados de su lanza
Mil bárbaros y duros corazones.
Aumentan ansimismo la matanza
Ordás y Villagra con los peones,
Bracamonte, Holguin, Joan de Losada,
Y Torrellas, persona señalada.

De grande mortandad los campos llenos,
Infinidad de sangre ya vertida,
Pudieron mas al fin los que eran menos
Poniendo á los contrarios en huida:
Buscaron por aquellos anchos senos,
Y hallaron buen golpe de comida,
Con que la gente nuestra se mantuvo;
Y después os diré lo que mas hubo.

CANTO TERCERO,

Donde se cuenta la muerte del valeroso capitán ALONSO DE HERRERA,
y cómo luego se volvió la gente sin pasar mas adelante.

Cuando valor de capitán florece,
Florecen los valores del soldado,
Si tropieza, si cae, si perece,
El ejército queda desmayado,
Y el ánimo de muchos desfallece
Para no proseguir lo comenzado:
Que miembros á contrarios miembros hieren,
Mas muerta la cabeza todos mueren.

Lo mismo fué de los que voy diciendo,
Aunque todos fortisimos varones;
Pues al tiempo que iban descubriendo
Mayores y mejores poblaciones,
Por los achaques que decir entiendo
Se perdieron aquellas ocasiones,
Y por dejar de mano coyuntura
Acaso se perdió buena ventura.

Llegaron pues al pueblo que se vido,
De la gente de jaguas ya vencida,
Do estuvo nuestro campo detenido
El tiempo que duraba la comida;
Mas el mantenimiento concludo
Hicieron del asiento despedida,
Y nuestros españoles peregrinos
Siguiéron mas adentro los caminos.

El invierno sembraba sus rigores
Ajenos de la seca del estío,
E yendo no sin grandes sinsabores
Vinieron á topar un cierto río;
El cual pasaron doce nadadores
Con sola desnudez por atavio,
En pañetes que dicen y con suelas
Con solas las espadas y rodelas.

Aquestos eran hombres de gran tomo
Para bien espiar cualquiera cosa,
Sacar un rastro y abatir el lomo:
Y destos fué Madroño y Espinosa,
Garci Perez de Vargas, Luis Perdomo,
Usagre, Gaspar Alvarez, Velosa,
Pero Fernandez, Joan de Campo, Peña,
Torrellas y Francisco de Ludeña.

En pasando los doce desta lista,
Cada cual recatado y advertido,
Sin cosa de cubierta que los vista,
Fueron por un camino muy seguido;
Y á cabo de gran rato dieron vista,
A cierto pueblo grande y divertido:
Volviéronse, segun les fué mandado,
Y de lo visto dieron su recado.

Dadas las nuevas deste hallamiento
Y con afirmacion de no ser falsas,
Recebieron grandísimo contento,
Y luego se hicieron muchas balsas:
Pasó cualquiera dellos tan hambriento
Que pudiera comer sin otras salsas,
Y en pasar el bagaj que se traia
Gastaron la mayor parte del dia.

Las gentes y pertrechos colocados
Por playas que corrian otra banda
Hicieron allí noche los soldados,
La cual no fué de pluvias poco blanda;
Y los noturnos cursos acabados,
Siguiéron con buen orden su demanda,
Armados los caballos y peones
Y en buena proporcion los escuadrones.

Mas antes que partiesen de la orilla,
Del mucho trabajar ya quebrantado,
Falleció Manuel Martin Banilla,
Que fué valerosísimo soldado;
Escogido peon por maravilla,
Y en cualquiera reencuentro señalado,
Y dada la posible sepultura
Siguiéron adelante su ventura.

Mas aunque caminaban advertidos,
No se pudo llevar tanto sosiego
Que pudiesen llegar sin ser sentidos
De los vecinos, que huyeron luego;
Y así fueron los nuestros recibidos
Sin nadie perturballes el entrego,
Hallaron las comidas que les cuadrán
Y unos perrillos chicos que no ladran.

Son buenos de comer y dichos mayos,
A los cuales también llaman auries,
Hallaron cantidad de guacamayos,
Papagayos y micos y cories;
Y frutas de guayabas y papayas,
Con no sé cuantos pájaros pajies,
Que en tiempo y en sazón mas regalada
Se tiene por comida delicada.